

Olivenza y Godoy



LA conferencia de Alfonso Bullón de Mendoza sobre Godoy en la que abogó por la repatriación de sus restos, y la posterior celebración en Castuera de unas jornadas de estudio, han precedido a la propuesta de Joaquín González Manzanares de celebrar en el año 2001 un Congreso Internacional sobre «el extremeño más poderoso de la Historia», coincidiendo con el 150 aniversario de su muerte. El objetivo genérico de dicho congreso sería ponderar con ecuanimidad la ejecutoria del badajocense, tan injustamente tratado, y devolverle libre de anatemas y panegíricos el papel que le corresponde en la Historia de España.

Estamos de acuerdo en que Extremadura no puede dejar pasar por alto el hito del 2001 para reivindicar la figura de Godoy y, por qué no, cumplirle la voluntad de repatriar sus restos. Sería un bello gesto que simbólicamente pondría fin a su largo exilio en el parisino Père Lachaise. Quiérase o no, Godoy es uno de los grandes hombres que ha dado Extremadura a la política y la historia de España, como lo fueron en sus respectivos campos Zurbarán o el gran Montano, por citar dos aniversarios recientemente celebrados.

Pero además de tener una innegable significación para Extremadura en su conjunto, y especial para las ciudades de Castuera (donde poblaron sus mayores) y Badajoz (su lugar de nacimiento), la figura de Manuel Godoy está también íntimamente unida a la de una villa, hoy ciudad, que él hizo española: Olivenza. En el 2001 se cumplen no solamente los 150 años de la muerte de Godoy, sino también los dos siglos de la firma del Tratado de Badajoz que puso fin a la *Guerra de las Naranjas*. Exceptuando la amputación de Gibraltar, a Godoy cupo la honra de ultimar la definición territorial de España, que tantas veces y a la ligera se fija en la toma de Granada. «Una sola no alcanzó a quitarme el odio acerbo de aquel príncipe (que Dios haya perdonado) –escribió en sus *Memoorias*, refiriéndose a Fernando VII...– y fue la gloria y el contento que para siempre me ha quedado de haber puesto de mi mano una nueva presa a la riquísima Corona, sin mancilla y sin desmedro, cual llegó a sus manos». La seguridad en la frontera, el control del contrabando y los mayores ingresos al Real Tesoro fueron tres razones de peso para anexionar una punta de tierra valiosa, al igual que Gibraltar, no por su extensión, sino por su posición. La capital de la provincia se veía así libre de aquella molesta espina que, cinco siglos atrás, había clavado en su flanco sur el portugués Don Dinis en el Tratado de Alcañices. En 1801, al fijar parcialmente en la línea del Guadiana la frontera política entre Portugal y España, podríamos decir que Godoy reconcilió a la Historia con la Geografía.

Surge, inevitable, la comparación, la pregunta: ¿Se sumará el gobierno español a la virtual conmemoración del bicentenario del Tratado de Badajoz de 1801, por el que recuperamos Olivenza, de la misma forma que se sumó a la pasada conmemoración del Tratado de Alcañices de 1297, por el que la perdimos...? En justa reciprocidad, así debería ser. Mucho nos tememos, sin embargo, que tengan que pasar al menos otros siete siglos para que el Tratado de Badajoz suscite abrazos como los que se prodigaron en 1997 nuestro Juan Carlos y el presidente Sampaio.

Olivenza, como es sabido, constituye una herida abierta. Apelando al Artículo 105 del Acta final del Congreso de Viena, Portugal se ha negado a reconocer el Artículo 3 del Tratado de Badajoz de 1801. De modo que en la frontera más antigua y estable de toda Europa subsiste un pequeño segmento del Guadiana excluido de los acuerdos de límites vigentes (1864 y 1926). La operación quirúrgica, la denostada *Guerra de las Naranjas*, fue rápida. La convalencia (*¡Olivença é nossa...!*), se arrastra hasta nuestros días. El logro más sustancial y significativo para Extremadura y para España de Godoy permanece

así contestado, menoscabado en su juridicidad, por un irredentismo dos veces secular. Un irredentismo que obliga, todavía hoy, a nuestro gobierno a mirar hacia otro lado cuando se trata de reconstruir puentes como el de Ajuda, del que se ha excluido toda participación española.

En buena lógica, el mejor homenaje que se podría tributar a la memoria de Godoy consistiría en internacionalizar el tramo oliventino del Guadiana. «Cada uno en su casa y Dios en la de todos». Siempre será preferible el cauterio del punto y la raya (en efecto, las fronteras son las cicatrices de la Historia) a una herida abierta o un litigio en hibernación. Pero esa posibilidad hay que desecharla al estar rebasada por el propio devenir histórico. En la Europa de Maastricht y Schengen, sin dejar de existir, las antiguas fronteras estatales han cobrado un carácter más administrativo que político. Hoy sería tan absurdo pretender reeditar el trágala del Artículo 3 del Tratado de Badajoz para ultimar la demarcación de la frontera luso-española en la zona de Olivenza como invocar el Artículo 105 del Acta final de Viena para impedirla. Olivenza, con una frontera *de jure* no reconocida por nuestro vecino, está de vuelta... sin haber llegado. A veces la rueda ciega de la Historia gusta de colocar en vanguardia a los rezagados.

Por no ser ahora políticamente correcto lo de reivindicar fronteras; porque resulta ridículo recordar que hubo un español que tras una guerra ridícula engrandeció su patria con un pedazo ridículo de tierra que Portugal nos había arrebatado cinco siglos antes; porque sonroje, en estos tiempos de desguace, apelar a todo aquello que pueda oler vagamente a nacionalismo espa-

ñol; por temor a ir a contrapelo del discurso europeísta, transfronterizo y lusófilo dominante; *par délicatesse* o, simplemente, por puro papanatismo, nos recelamos que ni a derecha ni izquierda nadie se atreva a apadrinar la conmemoración de aquella incruenta *Guerra de las Naranjas* de la que salió burlado Napoleón. ¿Un Congreso Internacional sobre Godoy? Para los portugueses, el artífice de la amputación es poco menos que una bestia negra del subconsciente nacional. Para los españoles... Tan grande y perdurable ha sido la leyenda negra que pesa sobre él, que no ya un monumento, ni siquiera una mala calleja ha dedicado a su memoria el pueblo que le debe ser hoy lo que es. Olvido y silencio. Y como quien calla otorga, el silencio español ha devenido el mejor argumento del irredentismo portugués. Un silencio cómplice que envuelve un complejo de culpa fruto de una triple ignorancia: documental, histórica y jurídica.

Excluida de todo punto una solución política o jurídica al contencioso fronteri-

zo oliventino, nos sumamos desde luego con entusiasmo a la propuesta formulada en esta misma *Tribuna Extremeña* de celebrar en el año 2001 ese Congreso Internacional sobre Godoy. Pero no sólo para el golpe mediático de repatriar sus restos, la magna exposición, o el vino de honor que sigue al descubrimiento de algún que otro bronce tardío, mientras la Autoridad de turno pronuncia ante los Rúspoli solemnes palabras de desagravio. La conmemoración del 150 aniversario de la muerte de Godoy es inseparable de la molesta reconquista de Olivenza. ¿Cómo propiciar la convergencia de España y Portugal en fecha que para algunos resulta todavía tan dolorosa...?

La única vía que se nos ocurre para superar el contencioso oliventino es la del conocimiento. Las puertas de los diferentes archivos (Lisboa, Madrid, París) deben franquearse a los investigadores para hacer posible la edición de un *libro blanco* que reúna la totalidad de las fuentes documentales sobre los tres grandes hitos del contencioso oliventino: Tratado de Badajoz (1801), Congreso de Viena (1815) y Conferencia de París (1817). Sólo sobre una firme y exhaustiva base documental, hasta la fecha inexistente, será posible reescribir la historia de este malentendido ibérico. Olivenza es la piedra de toque para que ese futuro Congreso Internacional sobre Godoy, que todos juzgamos necesario, no se convierta en un estéril ritual político-académico y sirva, sobre todo, para unir a quienes a ambos lados de la frontera, inexistente por partida doble, desean que el pasado no se erija en un obstáculo para el porvenir.

Luis Alfonso Limpo es Archivero-
Bibliotecario del Excelentísimo
Ayuntamiento de Olivenza.

HOY
Opinión

Jueves, 20 de mayo de 1999